

# Voz de dolor y canto de gemido

[Poema - Texto completo.]

Fernando de Herrera

Voz de dolor y canto de gemido  
Y espíritu del miedo, envuelto en ira,  
Hagan principio acerbo a la memoria  
De aquel día fatal, aborrecido,  
Que Lusitania mísera suspira,  
Desnuda de valor, falta de gloria;  
Y la llorosa historia  
Asombre con horror funesto, y triste  
Desde el áfrico Atlante y seno ardiente  
Hasta do el mar de otro color se viste,  
Y do el límite rojo de oriente  
Y todas sus vencidas gentes fieras  
Ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados  
En sus caballos y en la muchedumbre  
De sus carros, en ti, Libia desierta,  
Y en su vigor y fuerzas engañados,  
No alzaron su esperanza a aquella cumbre  
De eterna luz, mas con soberbia cierta  
Se ofrecieron la incierta  
Victoria, y sin volver a Dios sus ojos,  
Con yerto cuello y corazón ufano  
Sólo atendieron siempre a los despojos!  
Y el Santo de Israel abrió su mano,  
Y los dejó, y cayó en despeñadero  
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el día crüel, el día lleno  
de indignación, de ira y furor, que puso  
En soledad y en un profundo llanto,  
De gente y de placer el reino ajeno.  
El cielo no alumbró, quedó confuso  
El nuevo sol, presagio de mal tanto,  
Y con terrible espanto  
El Señor visitó sobre sus males,  
Para humillar los fuertes arrogantes,  
Y levantó los bárbaros no iguales,

Que con osados pechos y constantes  
No busquen oro, mas con hierro airado  
La ofensa venguen y el error culpado.

Los impios y robustos, indignados,  
Las ardientes espadas desnudaron  
Sobre la claridad y hermosura  
De tu gloria y valor, y no cansados  
En tu muerte, tu honor todo afearon,  
Mezquina Lusitania sin ventura;  
Y con frente segura  
Rompieron sin temor con fiero estrago  
Tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tomó sangriento lago,  
La llanura con muertos aspereza;  
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;  
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,  
Los fuertes, los belígeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra,  
Que sacudieron reinos poderosos,  
Que domaron las hórridas naciones,  
Que pusieron desierto en cruda guerra  
Cuanto el mar Indo encierra,  
Y soberbias ciudades destruyeron?  
¿Dó el corazón seguro y la osadía?  
¿Cómo así se acabaron, y perdieron  
Tanto heroico valor en solo un día;  
Y lejos de sa patria derribados,  
No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron éstos cual hermoso  
Cedro del alto Líbano, Vestido  
De ramos, hojas, con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso  
Sobre empinados árboles crecido,  
Y se multiplicaron en grandeza  
Sus ramos con belleza;  
Y extendiendo su sombra, se anidaron  
Las aves que sustenta el grande cielo,  
Y en sus hojas las fieras engendraron,  
E hizo a mucha gente umbroso velo;  
No igualó en celsitud y en hermosura  
Jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
Y sublimó la presunción su pecho,

Desvanecido todo y confiado,  
Haciendo de su alteza sólo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho,  
A los impios y ajenos entregado,  
Por la raíz cortado;  
Que opreso de los montes arrojados,  
Sin ramos y sin hojas y desnudo,  
Huyeron dél los hombres, espantados,  
Que su sombra tuvieron por escudo;  
En su ruina y ramos cuantas fueron  
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
Murió el vencido reino lusitano,  
Y se acabó su generosa gloria,  
No estés alegre y de ufanía llena;  
Porque tu temerosa y flaca mano  
Hubo sin esperanza tal victoria,  
Indigna de memoria;  
Que si el justo dolor mueve a venganza  
Alguna vez el español coraje,  
Despedazada con aguda lanza,  
Compensará muriendo el hecho ultraje;  
Y Luco amedrentado, al mar inmenso  
Pagará de africana sangre el censo.